

Cuaderno nº 52

CLÁSICOS Y MODERNOS

Agosto 1914

PEDRO B. PALACIOS

(ALMAFUERTE)

EL MISIONERO



IMPRENTA ALSINA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

COLECCIÓN ARIEL

Agosto de 1914

Apreciación

Y también es un loco. Se asomó al corazón enfermo de la ETERNIDAD. Al eruirse clamaban en sus ojos la demencia y el espanto.

Más allá de las fuerzas humanas y del limbo espiritual de las visiones, la sonda de su genio se hundió en los jardines maravillosos donde, bajo el dedo de Dios, se iluminan en nevado cristal, los lirios de la Muerte. El Enigma le ha dicho palabras de asombro. El Misterio le ha dado su pompa fluvial de seda y pedrerías. El Dolor ha sangrado sus entrañas en la selva bárbara del sufrimiento. Y una gran luz de pasiones formidables ha carcomido la roca de su pecho, como los ríos de lava de un volcán que se anudaran por desencajar la musculatura de piedra de una montaña.

Desde entonces marcha, solo, grande, gesticulando sobre el mar, en la sabiduría

extrahumana de su demencia. Lo ha dicho todo. Porque todo lo sabe. Y sólo estas almas torturadas y enloquecidas de dolor, de pasión o de ensueño, para tener las adivinaciones prodigiosas, de la vida y de la muerte, del abismo, del infinito, de la eternidad y de la nada.

Este hombre, como todo lo que se desdobra en inmensidad, no tiene rumbos, ni senderos. Va llenando espacios. Su ignorancia, genialmente intuitiva, ha condensado, en versos de prodigio, el alma contradictoria de las filosofías más raras. Así el corazón de fuego de muchos astros cristalizándose en una pupila que fuese a la vez un diamante. Sobre la tremenda fortaleza de sus ideas ha desatado los vendavales fabulosos del ensueño. ¡Sus Ensueños! Se dirían leones, fabulosos y nostálgicos, que ascendiesen por un monte envuelto en llamas, tras la persecución visionaria de una estrella.

Ha forjado mundos. Mundos mejores que los de Dios. Sólo que cuando quiso afirmar sobre los ejes de sus mundos la montaña de hierro de sus dolores, bajo una constelación de astros hechos pedazos, rodó por los desniveles del abismo.

Donde van las palabras del idiota,
A la nada sin nada de la Nada!

Ha nacido y crecido en las desolaciones de la pampa. Bajo los azotes del hambre y del frío endureció su niñez. El Pampero le dió el ritmo oceánico de las estrofas continentales. El sol le enseñó a transmutar la propia sangre en fusiones de oro hirviente para teñir leguas de cielo. La vida le dejó limos de angustia como para amasar cordilleras. Y así resultó el hombre, mezcla de bandido, de santo, de profeta, de genio, de héroe y de mártir.

Hay que decirlo muy alto, así nos injurie las chusma intelectual con sus millones de bocas, muerto Hugo, muerto Nietzsche, muerto Ibsen, no hay *en toda la tierra* un genio más grande que este genio, *síntesis de razas*, desconocido, inexplorado y formidable, como una tempestad sub-marina, una selva prehistórica o un monte en llamas sobre el cual se despedazaran los huracanes resplandecientes del apocalipsis. Impreca como el mar. Sueña como los leones y los cóndores. Ama como los santos de las leyendas místicas. Odia como el incendio que devora y devora ciudades y no se cansa.

De la selva de hierro incandescente de sus pasiones escapan como el rayo las águilas rojas de sus blasfemias. Cada una de sus palabras se anuncia con el trueno de las mareas despedazándose en montañas de cristal. Sus lágrimas feroces le taladran el corazón como un rebote de océanos que se descuajaran en la conflagración geológica de un planeta.

Ha sembrado su corazón entre las rocas y ha florecido un mar de llamas; entre los cielos, y se han desgajado bosques de astros; entre los montes, y los montes se desdoblaron en tempestades de oro; en el corazón enfermo de la *chusma*, y el corazón de la *chusma* ha permanecido *sordo*, en la sordera tremenda de la muerte.

Va midiendo a pasos toda la tierra. Y también todos los cielos. Porque él ha rayado, como el ala de oro de un cometa, las tierras y los cielos de su propio espíritu. Y así va. Todo blanco, ceñido con los linos inmaculados del alba, es un místico de las santas leyendas en cuyas manos florecen los cándidos lirios de la elocuencia, del amor y del perdón. Todo rojo, empurpurado con la túnica de llamas de sus blasfemias, es un titán rebelde, que va arrastrando la cruz

de todos los martirios por los Himalayas tremendos de la desesperación. Vestido de hierro, es el paladín de las cruzadas santas de la libertad. Vestido con los sayales negros de la amargura, es el presidiario de su carne deleznable. Presidiario enloquecido, que, en una cirugía espantosa, remueve los carbones encendidos de sus entrañas para oír cómo braman en la cueva de su pecho las tempestades furiosas de su «*ser*».

Pero, niegue o afirme, maldiga, blasfeme, llore, se arrepienta, injurie o desate la oración sacrosanta de sus bendiciones, Almafuerte será siempre el estupendo loco luminoso que cruzó el valle de las hondas tinieblas, empedrando con los soles de oro de su genio, las rutas lamentables del Dolor.

Penetremos en las cavernas de su espíritu como en un lago de sombras enarenado de diamantes. Nos parecerá haber refundido en el cristal de un telescopio los jardines de llamas de las constelaciones. Sentiremos el rugido de las ondas y los terrores del vacío. Lo veremos deshojar pétalo a pétalo su propio enorme corazón de santo. Nos espantaremos ante el horror lamentable de sus llagas. Contemplaremos en

la jaula de su cráneo la fecundación monstruosa de los pensamientos. Lo veremos arrancarse del cerebro ensangrentado, mundos y mundos y mundos... Y, no obstante el *absoluto subjetivismo* de este poeta, oiremos como vibran en la eucaristía nevada de su genio los millones de almas que forman el ciclón espiritual de las razas. Porque Almafuerite ha sido, en un momento dado, *síntesis de la conciencia universal, encarnación de todo lo humano, minuto en el reloj de lo eterno.*

El Autor comenta luego algunos poemas de Almafuerite: *Incontrastable, La sombra de la patria, Jesús, Vade retro...!, Cristianas*, etc. Concluye con *El Misionero* y dice:

Anduve. Anduve mucho. Anduve como un sonámbulo. Llegué. Era una casilla de tablas, fuera de la ciudad. Llamé. Salió un niño.

—¿Y Almafuerite?

—Duerme.

Entré. El estercolero de Job hubiera resplandecido al lado de aquel catre sin sábanas, sucio, en el cual, por una paradoja del cielo, la luz del sol garabateaba lepras de oro fino. Lo desperté. Se irguió.

Bajo. Negro. Picado de viruelas. La nariz cabalgada por dos pares de lentes. La barba rala y gris. La frente echada para atrás. La testa calva, circuida por un flequillo a la manera de los cóndores. Sin saco. Sin cuello. La camisa rota. La camiseta abierta y llena de mugre. Descalzo. Estaba feroz. Sublime. Espantoso. Nunca he visto nada más feo. Pensé en aquel horrible Quasimodo, caricatura de barro, que llenaba de armonías el corazón doliente de las campanas. Nos miramos. Sentí que mis ojos se agrandaban. Se agrandaban. Se iban llenando de locura. Y él, me miraba con una mirada fija. Mirada relumbrante como los puñales del odio. Tenía ganas de asesinarme. Sentí miedo. Quise huir. Volví la cabeza. Sobre unas tablas llenas de papeles había una botella y un vaso. Me puse de pie. Una voz ronca me detuvo.

Y la voz dijo: Sí. Yo bebo. Bebo caña. Aguardiente. Vino. Alcohol. ¿Y eso qué importa? En un solo trago he bebido mares de angustias. Una sola de las llamas que roen mis carnes fundiría toda la nieve de los polos. Una sola de mis lágrimas inundaría todas las bocas de la tierra y apagaría todos los volcanes. Tampoco eso no es

nada. El alcohol embrutece. Bueno. Pero antes de llegar a la bestia siempre habrá la lengua de un puñal como una hebra de acero en el triángulo rojo de mi corazón. ¡La muerte! ¡Sabe Ud?

Aquí me tienen como a un insensato. El hambre. El frío. El odio. Esa bestia brutal que duerme con todos los grandes artistas: la Miseria. ¡La gran miseria trágica! Cuando debieran estar arrodillados. Arrodillados ante mí. ¿Entiende? A mí, me llaman el Dante americano. Pero yo soy mucho más grande que el Dante. Porque soy más hombre. Las bestias también cuando presienten un dolor son hombres.

Por lo menos que me digan: ¡Come y produce! Yo no he publicado mis obras. Mis poemas. Mis lamentaciones. Mis cristianas. Mis evangélicas. Mis páginas negras. Nada. Y es lo más grande que ha producido la humanidad. Más grande que las constelaciones. Más grande que el mar. ¿Sabe Ud? Tan grandes que en ellas enseñó a leer a los muchachos que serán los poetas, los ladrones y los asesinos de mañana...

Aquel hombre estaba espantoso. Su pecho se movía en un bamboleo de montañas. Sus harapos vibraban como el plumaje de

un cuervo ensangrentado. Su cuerpo se agitaba como un desmoronamiento de cumbres. Y, en la impavidez de su delirio, de su boca llena de espumas como las ancas del mar, brotaban, relampagueando a cada grito, la noche, los astros, el sol, el día, las tempestades, el clarín de los tifones, el trueno, las mareas, el viento, el infinito, el alma, la eternidad, las sombras, los árboles, las bestias, los montes, la tierra mojando con sudores de sangre el pavor de los abismos, la nada y Dios.

Yo temblaba. Tenía miedo. Mucho miedo. Aquella voz se alargaba como una serpiente. Como una noche de fatalidad y de tragedia bajo un gran cielo místico, un cielo cuajado de azucenas de oro.

Hasta que al fin las trompetas de la locura sonaron en mi boca. Y me puse a gritar aquellos versos lúgubres, aquellas letanías de amor desesperado: ¡A mi madre! en que termino diciéndole:

¡Quiero alzarte la tapa de los sesos
Con el plomo rojizo de una bala...!

Yo estaba loco. Y Almafuerte me dijo:

—¿Ha leído *El Misionero*?

—No.

Le dije. Le dije así porque yo estaba loco. Porque tenía miedo. Porque estaba seguro de haber muerto hacía muchos años. Veinticuatro años. Veinticuatro mil años. Veinticuatro millones de siglos. Privilegio es del dolor, centuplicar la eternidad. Me acordaba muy bien; yo había muerto parálítico, y, como aquel personaje ibseniano, clamando por lo imposible: pidiendo el sol.

Y fué así, desde la nada, con el doble telescopio de la muerte y de la locura, como vi desdoblarse en las sombras, vialactea de angustias, el poema formidable:

Noche. Tremulaciones del viento erigen una colosal arquitectura de nubes. Unas semejan negros montes atrincherándose en el vacío. Sobre tal cumbre de hierro o de carbón resplandece la luna como una hoz mordida de herrumbre. Sobre tal otra se abre el ojo de una estrella como si fuera el ombligo de un volcán. Y sobre las que huyen mascando sombras, como un pectoral ungido de divinas claridades, abre sus grandes brazos torturados la Cruz del Sud.

Estamos en el camino dantesco. En medio del camino de la vida. Sobre un bloque

de piedra, como un desecho de la horca, con la figura trágica de los bandidos, agoniza un Siervo del Señor. Turbas de mastines hambrientos y sarnosos, lamen, con cristiana lengua, la faz y las manos del Peregrino.

Viene de la vasta selva humana. Combatió por todos los que sufren. Luchó con el vestigio de millones de cabezas y trillones de brazos: el hombre. Lloró de angustias sobre el dolor irredimible de la niñez. Deliró de hambre para salvar a Dios de la vergüenza del trabajo sin pan, de la sed sin agua, del invierno sin abrigo, de la fatalidad sin misericordia, del corazón sin amor, de la vida sin esperanza. En el manantial de su sangre abrevó a las multitudes sedientas. La voz de su amargura arrulló como un clarín de plata el alma enferma de los desesperados. Sus besos florecieron como estrellas sobre cada bubón de los leprosos. Tuvo hambre y sed de justicia. Se iluminó de Fe. Sobre el mar de su palabra reverdeció el milagro. Devolvió su cetro a la Locura. Siendo más grande que las montañas se arrodilló ante los humildes. Como Francisco de Asís: pudo decir hermana Agua, hermano Sol, hermano Vicio.

Fué a la vasta selva humana nimbado de oro, de azul, de ensueño. Fué, como un santo y divino pastor, constelado con todos los astros de la noche. Fué como un león bravío, doloroso y grande, la crin nimbada de sol, los ojos llenos de inmensidad, el pecho vibrante como un jardín de lirios de oro, de amor, de fe, de ensueño, de esperanza, de caridad y de poesía.

Y su corazón mordido fué por las bestias humanas. Con hiel y vinagre aplacaron su sed enorme de luz. En coronas de espinas trocaron los gajos metálicos del divino laurel. El beso de la chusma, gangrenándole las carnes, fué como un ácido corrosivo pudriéndole hasta la médula de los huesos. Las cumbres de su espíritu inundáronse de sombras en la vasta noche de sus penas. Su ideal murió, enclavado en el peñón del ridículo, las dos grandes alas abiertas a modo de un crepúsculo que rodara en las sombras atravesado el pecho por una estrella.

Y allí esta, como un niño huérfano bajo una tempestad de nieve, agonizando en el camino, custodiado de perros hambrientos. No salvó a nadie. Nadie lo recuerda tampoco. Quemó estérilmente su sangre y el oro azul de sus quimeras, para alumbrar el

camino de la recua desgranada como una es-
piga en el bosque impenetrable del Olvido...

Y allí está, tumbado en medio de la vía,
enseñando a los espacios enternecidos de
azul, cómo Dios y las bestias, suelen tratar
los corazones...

El hombre se incorpora. Apoya sus ma-
nos flacas en uno de los perros. Y como si
de lo hondo de su vida fluyera una divina
dulzura, exclama:

¡No caemos del todo, sinó el día
Que cuando pasa un can, pasa un hermano!

Y a sus perros hambrientos, a las vastas
soledades, a Dios, y a todos, puesto que
hablaba consigo mismo, dijo el más formi-
dable sermón de la montaña que haya bro-
tado jamás de humanos labios.

Habla el apóstol. Habla de sí mismo.
Sabe que está cantando allí sus epitalamios
con la tumba. Y que dejará de sufrir quan-
do se vuelva, *polvo bien pisoteado del camino*.
Canta el triunfo de los buenos. De los se-
res pura *razón*, pura *rectitud*, pura *justicia*,
inmaculados en su incorruptible claridad de
diamantes, que van en línea recta a Dios,

Sin comprender la fiebre del insecto
que busca luz, para morir en ella.

Hace luego la confesión de su propia vida. El no ha buscado la *Razón*, ni la *Equidad*, ni la *Pureza*, ni la *Justicia*,

Cuando reina el dolor por todas partes.

Ha creído, sencillamente, que a cada mácula de un pecho corresponde la estrella de una lágrima. Su compasión, perfumada como un lirio, se ha hundido muchas veces en los senos cancerosos de la chusma y ha salido de allí, hedionda, chorreando sangre, llena de pus.

Cuando la Ciencia negó el albedrío, proclamó la inocencia de todos: hombre, chacal, pantera, mujer, astro, lirio o rosa.

Y a pesar de ser bálsamo y ser puerto,
De ser lumbre, ser manta y ser comida...
¡A mi nadie me amó sobre la vida,
Ni nadie me honrará después de muerto!

Dice Vastamente, los perros llenan la inmensidad con los misereres clásicos de sus lamentaciones.

Y continuando su monólogo formidable, agrega: No hay Deber. Ni Razón. Ni Belleza. Ni Justicia. Ni Verdad. Todo es contradictorio. Todo vago. Por eso él ha peregrinado así, sin ley, sin hogar, sin patria, ambulando como un mendigo ciego apoyado

en su dolor. Y, viejo árbol centenario, sabe que se derrumba para siempre, bajo el ciclón de Dios, bajo el criterio de Dios, bajo el volcán de las cóleras de Dios.

Pero él no quiere que nadie lo perdone. Nadie necesita perdón. ¿O habría que absolver a Dios? Millares y millares de siglos antes que la vida, la materia o la luz vibrasen en la nada, ya existían en la mente absoluta de Dios. Y ya éste les había marcado su trayectoria inexorable de ilusión, de dolor y de muerte. Millones de siglos antes de ser, ya habían sido los santos, los bandidos, los soñadores y los parias.

Por eso lo único que desea saber es que es hermano del hombre. Y comparándose con Jesús le dice a la chusma:

No soy el Cristo-dios, que te perdona...
¡Soy un Cristo mejor, soy el que te ama!

Y como las turbas huyen amedrentadas, les grita:

Chusma ruin, que tus dedos como sondas
Urguen en las heridas de mi brega,
Y palparás, al menos, si eres ciega,
Que las hechas por ti, son las más hondas.

Intensifica en desolación mental toda su vida. Busca en el valle hondo y negro de

la tierra al miserable que inclinado sobre su pecho, mojara, siquiera una vez, con llanto de amor el arenal de sus dolores. Y muge:

¿Dónde está su cadáver sin mortaja,
Caliente, todavía, y ya deshecho...?
¡Para rajar el roble de mi pecho,
Y labrarle los muros de su caja!

Y frente a la noche, a los astros, a las nubes, a los pueblos que disparan en las tinieblas como un tropel de búfalos, aquel fraile de orgullo, de rebeldía y de amor, acostumbrado a luchar brazo a brazo con Dios que forja la pulpa ingrata de la humanidad, se quedó de pie.

Como una idea
Que se va del cerebro y queda trunca...

Calló el poeta. Busqué la faz horrcrosa de Quasimodo y la encontré transfigurada de genio y de piedad.

Almafuerte, ya hombre, mojaba con su llanto la cosecha de amor que sembraran sus manos pálidas de visionario en el vientre infecundo de la tierra.

Lo estreché en mis brazos. Y como de lo hondo de mi ser subían cantando estrofas sin palabras, le dije aquellos versos suyos,

en los cuales se ha fundido, como en bronce eterno, toda la vida de su alma:

¡Tú has nacido, sin duda, para ser madre!

Me dió el poema humedecido con sus lágrimas. Y, mientras me alejaba llevando el libro formidable, donde, como en el apocalipsis de San Juan, truenan ríos de agua viva, mares de ajenjo, mares de sangre, trompetas de bronce;

y hay dragones con siete cabezas, de cuyas bocas brotan siete ríos de fuego;

trompas a cuyo son llueve granizo mezclado con fuego y sangre;

y mujeres vestidas de sol que tienen por escabel la luna y por corona doce estrellas;

me volví para ver al maestro formidable, que desde el monte incediado de sus dolores, vestidos con nubes de llamas y dominando el hondo rugir de los leones aterroizados, me despedía con las palabras tremendamente sencillas del libro incomparable:

Y la gracia de nuestro señor Jesucristo
Sea con todos vosotros.

Amén.

José de San Martín

El Misionero

Para Bartolito Mitre, en la gloria.

.....
Escúpeme en la frente!

RICARDO GUTIÉRREZ

.....
4.... No hay caridad verdadera que **no** se enferme o que **no** se manche.

5.—Para subir hasta Jesús hay que bajar hasta Dimas, y para llegar hasta Dimas hay que dejar muy arriba el éter irrespirable de los inocentes y de los puros.

.....
9.—El Dolor no huele a vinagre aromático, ni habla en verso, ni se lamenta en música, ni va a cenar a la fonda, como los cómicos, después de llorar.

.....
18.—El corazón del bueno es comparable a las vendas que circundan las heridas; a medida que éstas van cicatrizando, aquellas van arrojándose impregnadas de pus y de sangre.

.....
20 —No creas en la predicación de aquel abate perfumado de heliotropo, que sube a su púlpito **con** el corazón lleno, todavía, de las suaves impresiones de las Conferencias de San Vicente y de las fiestas de caridad de las duquesas, y que cruza, después, como un César, sudoroso entre sus encajes, por aquella elegantísima multitud cuya emoción artística él ha producido y cuya admiración él ha conquistado.

No creas en esa predicación... ¡es una página de Rossini!

21.—Crée, sí, en el propio San Vicente de Paul; sí, en el apostolado de aquel sacerdote ciego de caridad, enloquecido de evangelización, que ora se lanza por los desiertos de Africa y ora se mete en los tugurios de la ciudad, que son los desiertos de la civilización, para salir de ellos torturado de dudas, cubierto de maldiciones y carcomido de remordimientos.

ALMAFUERTE

(*Evagélica XV*).

I

De compasivos canes escoltado,
Sobre un bloque de piedra de la vía,
Zozobrannte, vencido, en agonía,
Un Siervo del Señor cayó postrado.

Cual desgranada, mísera mazorca
Que saltó del maizal en el camino,
Parecía, más bien, el Peregrino,
Desecho deleznable de la horca.

Y era desecho mismo. La tonsura
No inmuniza del dolo y los pesares:
Del sagrado mantel de los altares
Se desprende, también, polvo y basura.

Como Pablo, el Apóstol de las Gentes,
Aquel vil protegido de sus perros,
Por mares, por estepas y por cerros
Corrió tras ilusiones eminentes...

¡Y allí, con su sayal hecho girones
Y apoyando en un can la flaca diestra,

Aquel Fraile de Dios era la muestra
De cómo trata Dios los corazones!

II

Talvez, una visión de faz macabra
Le sacó de su grande abatimiento,
Y al despertar aquel, su pensamiento
Se deshizo en el mar de la palabra.

Mudo debiera estar; pero, recuerda,
Y hablaría, quizás, amordazado...
Porque impera una ley que al derrotado
Le impone repicar la misma cuerda.

Y es propio del Dolor, joven o viejo,
Despedir melancólico relente
Y derramar, lo mismo que una fuente,
La cáustica legía del consejo.

¡Virtud de la Tristeza, que percibe
Con profética luz, remotas huellas,
Como se ven más claras las estrellas
Desde la sombra fría de un aljibe!

III

Cual pudiera un bohemio, el Franciscano,
Se puso a platicar con su jauría...
¡No caemos del todo, sinó el día
Que cuando pasa un can, pasa un hermano!

¡El ser Hombre es gemir, magüer los nombres
Con que tu pobre condición revistes;

Y por eso las bestias, que son tristes,
Cuando sospechan un dolor, son hombres!

Y yendo, sin querer, al punto fijo,
Como quien sus heridas palpa y frota,
Destilando su hiel, gota por gota,
A sus perros y a Dios, el Fraile dijo...

¡Dijo con tal verdad, que desde entonces
Pienso que las protestas de los viles,
Deben ser perpetuadas con buriles
En duras piedras y solemnes bronces!...

IV

«En este bajo, relativo suelo,
También para ser santo hay que ser listo:
No basta ir a una cruz para ir a Cristo,
Ni basta la bondad para ir al Cielo.

«La misma compasión requiere astucia
Para sellar con gloria su cruzada,
Si no quiere, después, ser arrojada
Sucia y hedionda, como venda sucia.

«Los sicarios del Bien han de ser yermos,
Duros, como filósofos estoicos:
Los médicos más nobles, más heroicos,
No lamen el sudor de sus enfermos.

«La Luz no triunfa, el Ideal no medra,
Sin un cierto brutal extorcionismo:
Cual un César sin ley, el pastor mismo
Gobierna con su palo y con su piedra.

«Reservan las Deidades sus primeros,
Sus más graves designios, en sus palmas;

Y reclutan su ejército en las almas
Que aceptan no valer, como los ceros:

«Espíritus soberbios de modestia,
Gemas incorruptibles de diamante,
Dentro de la caterva delirante
Que por lo mismo que delira, es bestia;

«Seres pura razón, seres jocundos,
Sin rebeldías necias de lacayo,
Que van sin pensamiento, como el rayo,
Que giran sin dolor, como los mundos;

«Corazones de ley que se consuelan
Con saber que después tendrán ventura,
Que no dieron jamás en la locura
De pretender dolores que no duelan;

«Focos de claridad de luz terrible
Dentro su estolidez de sulpicianos,
Que saben que los ímpetus son vanos,
Que todo se ha concluído en lo posible;

«Almas sin ansiedad, almas estrella,
Que siguen mansamente su trayecto,
Sin comprender la fiebre del insecto
Que busca luz, para morir en ella...

«La azucena, la nieve y el armiño
Pierden su nitidez al microscopio:
El afán del análisis es propio
Del imbécil, del pérfido y del niño.

«Como chispa fugaz y estrofa trunca
Palpita lo Absoluto entre los pechos:
La verdad miserable de los hechos
No es la misma Verdad, ni será nunca.

«Inhumano, inconcreto, el Sacerdote
Ame a Dios solo en Dios, y no en ninguno;
Y si al triunfo de Dios es oportuno...
¡Bese con la traición del Iscariote!»

Clamó, con el valor de los insanos,
El viejo Apóstol, sin temer su mengua,
Mientras los canes, con cristiana lengua,
Le ungían caridad sobre las manos.

V

Y siguió, con apóstrofes más duros,
Y hablando a todos, pues hablaba solo:
«Más fría que los témpanos del polo
Tiene que ser el alma de los puros.

«Virtud es solidez, feroz arraigo
Que ninguna potencia desarraiga;
Y el puro ha de decir: caiga quien caiga,
Yo me quedo en mi torre... ¡y no me caigo!

«Con Amor, nada más, nadie resiste
La sugestión de una conciencia en ruina:
Vale más inyectarse de morfina
Que de una sola lágrima del triste.

«Con atrayente, gemidor murmurio,
Rueda la vida trágica del foso,
Y un perfume sutil y capitoso
Brotó de los andrajos del tugurio.

«Unas mórbidas vírgenes aciagas
Riman en el Dolor coro nefando:
Hay un Luzbel sagaz que va volcando
Polvo de compasión sobre las llagas.

«La misma reacción sobre la injuria,
La propia indignación por el despojo,
En las fibras enfermas, siempre al rojo,
Se condensan y estallan en lujuria.

«Yo no sé de las raudas espirales
Por donde gira Dios sus voliciones...
¡Pero, yo sé de azules contriciones
Que acabaron en sucias bacanales!

«Pero, yo sé que a las virtudes áridas
Circundan Magdalenas infinitas,
Que vierten, las traidoras, las malditas,
Lágrimas de ansiedad como cantáridas.

«El débil no es inócuo, no es inerte
Como una frágil, vagabunda pompa;
No hay báculo de apoyo que no rompa,
Ni pecho compasivo que no enferme.

«Baja la Compasión a la Miseria,
Blanca la Compasión y perfumada,
Y resurge a la luz toda manchada,
Toda llena de taras y de histeria.

«Nadie podrá decir, yo soy el Pleno,
Yo soy el Intachado de seguro;
Pues el que quiera conservarse puro,
Muchas veces tendrá que no ser bueno.

«Hay, entre la Equidad y la Justicia,
Nada más que una feble sutileza...
¡Y entre la Caridad y la Pureza,
Un abismo, sin fondo, de inmundicia!»

Calló el Apóstol, y en su adusto ceño,
Como en un tronco escuálido de otoño,

Se sospechaba el cárdeno retoño
De un deleitable, de un nefando sueño.

VI

Mas, levantando el sórdido capucho,
Toca de su radiante, calva testa,
Dijo, con voz de llanto y de protesta:
«Yo soy el miserable que amó mucho.

«Soy el que puso paz en la discordia,
Pan en el hambre, alivio en las prisiones,
Y en la obsesión tenaz, más que razones,
Puso, sin razonar, misericordia.

«Yo derramé, con delicadas artes,
Sobre cada reptil una caricia:
No creí necesaria la Justicia
Cuando reina el Dolor por todas partes.

«Con sublime, suprema Democracia,
Cualquier hombre fué hombre en mi presencia:
No dividí jamás en mi conciencia,
Cual un escriba infame, la Desgracia.

«Yo miré con espanto al miserable,
Con el espanto del Caín primero,
Cual si yo—¡pobre sombra, todo entero!—
Fuese de su miseria responsable.

«Yo entendí que los éxitos ultrajan
La equidad del Señor y de sus dones;
Pues, por un triunfador hay mil millones
Que más abajo de sí mismos, bajan.

«Yo repudié al feliz, al potentado,
Al honesto, al armónico y al fuerte...

¡Porque pensé que les tocó la suerte,
Como a cualquier tahir afortunado!

«Yo tuve la tendencia, la costumbre,
De poner mi saliva en las montañas;
Pero, las dí sin pena mis entrañas,
Cada vez que dejaron de ser cumbre.

«Yo veneré, genial de servilismo,
En aquel que por fin cayó del todo,
La cruz irredimible de su lodo,
La noche inalumbrable de su abismo.

«Yo devolví su cetro a la Locura,
Fomentando en las almas anormales,
El gesto imperatriz de los fatales,
La rigidez papal de la tonsura.

«Yo hice del corazón y la cabeza
Para la turpitud, sagrados muros;
Porque juzgué que los que nacen puros
Tienen su protección en su pureza.

«Yo quebré la violencia de los rayos
Que lanzan a lo mísero las leyes,
Postrándome a los pies de tales reyes...
¡Que no podrían ser ni mis lacayos!

«Yo me puse a la zaga de la Ciencia,
Manteniendo los fueros de lo Impío:
Cuando la ví negar el Albedrío,
Vi que no puede haber sinó Inocencia.

«Yo tendí sobre todos, como un manto,
Mi noción supersabía del Derecho:
Dije, que a cada mácula de un pecho
Corresponde una lágrima de llanto.

«Yo renuncié las glorias mundanales
Por el arduo desierto solitario,
Para sembrar, también, abecedario,
Donde mismo se siembran los trigales.

«Yo tuve mi covacha siempre abierta
Para cualquier afán, falaz o cierto,
Y tan franco, tan libre, tan abierto,
Mi hermoso corazón como mi puerta.

«Yo deliré de hambre sendos días,
Y no dormí de frío sendas noches,
Para salvar a Dios de los reproches
De su hambre humana y de sus noches frías.

«Yo recibí el sarcasmo pestilente
Que de los senos presidiarios corre,
Como el santo de piedra de una torre
Las caricias del sol sobre su frente.

«Y a pesar de ser bálsamo y ser puerto,
De ser lumbre, ser manta y ser comida...
¡A mí nadie me amó sobre la vida,
Ni nadie me honrará después de muerto!»

Como rueda, filtrando los breñales,
El manantial nervioso y cristalino,
Comenzó, por la faz del Peregrino,
A desatar el llanto sus raudales.

Y a la intensa emoción que trascendía
De aquel solemne rostro taciturno,
Un aullido de pánico nocturno
Lanzó, como un lamento, la jauría.

¡No hay gemido, no hay sombra, no hay
entierro,

No hay soledad, no hay llama que se apague,
Que no reciban, sin que nadie pague,
Los misereres clásicos del perro!

VII

Y el Apóstol siguió con voz airada,
Por poner a sus lágrimas un punto:
¡Soy lo que ya no es!... ¡Soy el trasunto
De la soberbia de Satán, domada!

«La Caridad es Dios, y es la más bella,
La más profunda nota del Calvario;
Pero, piense, también, el temerario,
Que Jesús no es camino, sinó estrella.

«La Caridad es Dios, como el capullo
Tiene que ser perfume y hermosura;
Pero, la caridad de la criatura
Surge del Egoísmo, y es Orgullo.

«La Caridad es Dios: sin el afecto,
Sin la nefanda sensación del lodo...
¡Sí, Dios es Caridad; mas sobre todo,
Es Suma Voluntad de lo Perfecto!

«Sepa la Humanidad, la loba hirsuta,
Víctima de los delirios de sus tenias:
Su morbosa explosión de neurastenias
No puede ser jamás Vida Absoluta.

«Sepa la Humanidad que yo me temo,
Que cuando el día sin dolor encuentre,
Se ponga a contemplar su propio vientre,
Presentando la espalda al Bien Supremo.

«Sepa que su labor, que sus heridas,
Que la trama sutil de sus pasiones,
Vibran, con prodigiosas radiaciones,
Al porvenir más hondo referidas.

«Sepa que lo doliente, que lo triste,
Retoma fuerzas nuevas en la tumba...
¡Que caiga, que retorne, que sucumba,
Si el ambiente de fragua no resiste!

«¡Y sepa que cualquier razonamiento
Consigue la verdad y tanto brilla,
Como la luz fugaz de una cerilla
Sobre la luz astral del firmamento ..!»

VIII

Y transportado al fondo del Nirvana,
O, como buen genial, contradictorio,
Prosiguió razonando perentorio,
Sin ver en su razón Razón humana:

«Los hijos de la Sombra y el Prostíbulo,
Miente la Compasión, no se redimen:
Nacieron con el síntoma del Crimen
Y el fervor inefable del Patíbulo.

«Como la herida que se cierra en falso,
Cualquier choque fortuito los encona:
Anhelan, como el genio una corona,
Su Hospital, su Presidio y su Cadalso.

«Y el Mal es mal: lo mísero, lo inamundo,
Lo formado de pústulas y lamas,
Debe rodar al centro de las llamas
Para salvar de su contagio al mundo.

«Hay un fin, hay un plan, hay un camino,
Hay un punto de cita, hay un miraje,
Hay un afán de búfalo salvaje...
¡El afán migratorio del Destino!

«Y hay que llegar al fin, reacio potro,
Saltar hacia lo azul, sin miedo alguno:
El bien de las crisálidas es uno,
Y el bien de los arcángeles es otro.

IX

«Caridad, Compasión: palabras huecas,
Llanto de cocodrilo plañidero...
¡Si una santa mujer, si un jardinero,
Abonan su jardín con hojas secas!

«Felicidad total: maldito nombre,
Consigna del cobarde y del tirano...
¡La perfección en sí del cuadrumano,
Tal vez hubiese suprimido al Hombre!

«Ser algo es ser esclavo: no hay libertos...
¡Todo marcha en la lógica Suprema:
Desde el collar de soles de un sistema,
Hasta cualquier montón de insectos muertos!

«En vano, Chusma sacra, en vano jipas...
Tienes que trasponer los Infinitos,
Como avanza el rocín bajo tus gritos,
Arrastrando al andar sus propias tripas!

«En las olas que te alzan y voltean,
Ruedas al más allá, roja burbuja,
Sin saber la razón que te rempuja,
Como no sabe un buey por qué le arrean.

«En vano, Viejo Adán, en vano exhalas
 Blasfemias de Titán al monte asido:
 El que vendrá después, el Prometido,
 Solo será un cerebro con dos alas.

«El Mejor no eres tú, pálido rastro,
 Tímida tentativa en la redoma,
 Como cualquier semilla no es la poma,
 Ni cualquier fuego cósmico es un astro.

«Vas a tu Superior, a tu Distinto;
 Y ese no te tendrá ni amor ni envidias,
 Como los blancos mármoles de Fidias
 Nunca se doblan a palpar su plinto.

«Tú caerás en la sombra, y el Ser Nuevo
 No ha de pensar que fué tu desarrollo,
 Con la suma sapiencia con que un pollo
 Rompe y olvida la prisión del huevo.

«Tú caerás en la sombra, como el cable
 Que fué para escalar muro enemigo,
 Como caen las películas del trigo
 En la racha de viento inexcrutable.

«Tú caerás en la sombra impenetrada
 Donde yace la cáscara ya rota...
 ¡Donde van las palabras del idiota,
 A la nada sin nada de la Nada!»

Cual un Moisés altísimo y tonante
 Destacado en la luz del horizonte,
 Parecía que hablase desde un monte,
 Trágico de razón, el Mendicante.

X

Y cual un César loco, cuyo manto
Desgarra él mismo y en el lodo arroja,
Se puso a deshojar, hoja por hoja,
Su propio enorme corazón de santo:

«Como madre sensual dejé mi beso
Sobre cada bubón de los leprosos:
Y aquellos besos... ¡ah! son espantosos,
¡Pudren hasta la médula del hueso!

«Iracundo de Amor, rompiendo trabas,
No puse a mi bondad ninguna linde:
Y la fría Razón, que no se rinde,
Deshouró mi tonsura con sus babas.

«Como el ángel de Asís, el gran cristiano,
Quise decir también «hermano Vicio»:
Y produjo la sombra y el desquicio
Dentro de mi cerebro soberano.

«Cargué la Cruz sobre mi espalda recia,
Con la fe de un jayán de ardientes nervios:
Y aquella Cruz no es carga de soberbios...
¡No es un deporte olímpico de Grecia!

«La pensé un talismán, que, no sé cómo,
Consagra privilegios nunca vistos:
Y Ella, sobre los falsos Jesucristos,
Pesa como cien lápidas de plomo.

«Quise imperar sobre la res vencida
Poniéndola mi gloria por escudo:
Y aquí yazgo, famélico, desnudo,
Promiscuando su cueva y su comida.

«Pretendí ser el Único, el más solo,
El que no se apoyase en vida alguna:
Y estoy, como un expósito sin cuna
Bajo la noche frígida del Polo.

«Soñé forjar, por fin, no sé qué obra,
Con mi sola, gentil conducta extraña:
Y este mundo burgués, que no se engaña,
Me pisa, sin mirar, como a su sobra.

«¡Por eso masco el áspera corteza
De mi propio desprecio indefinible,
Con la vil sensación de lo imposible
Clavada, como un clavo, en mi cabeza!...»

No pudo proseguir... Seco, rabioso,
Como el gemir de formidable llanta,
Restalló, de repente, en su garganta,
Suma de sus angustias, un sollozo.

Aquel hondo mugido vibró tanto,
Que traspasó recónditos confines,
Y sus propios hermanos, los mastines,
Se volvieron al Fraile con espanto.

XI

Se repuso por fin, y resumiendo
En epílogo intenso su discurso,
Comenzó a despedirse del concurso
Que a su largo gemido fué surgiendo:

«Todo es contradictorio, todo vago,
Todo se vé al través de una penumbra:
La misma antorcha que en la noche alumbra
Sirve para el incendio y el estrago.

«Siembran dos jardineros su simiente,
Idénticas las dos, una mañana:
Y el primero cosecha una manzana,
Y el otro, miserando... ¡una serpiente!

«Yo no sé qué pragmáticas malditas
Fulminan a mis obras más amables,
Cual migración de bestias formidables
Sobre una floración de margaritas;

«Mas, yo sé que mi cruz, justa o injusta,
Me postra de rodillas en el barro,
Como sabe la res que tira un carro,
Que le rasgan las carnes con la fusta;

«Mas, yo sé que mi verbo, que mi lema,
No tienen alma ya donde prosperen,
Como saben los Césares que mueren
Que no se pondrán más una diadema;

«Y yo sé que mi propio epitalamio
Canto aquí, de mis bodas con la tumba...
Como el pobre albañil que se derrumba
Sabe que va cayendo del andamio!

XII

«De la más ruin pasión a la más alta
Pasan frente de mí sin que yo sepa.
Llegué por fin. Ya estoy sobre la estepa
Donde la sombra de sí mismo falta.

«Fuí grande en el soñar y fuí pequeño
El día de la acción, y eso me pierde...
¡Pero, no quiero yo que se recuerde
Que ya es una virtud tener un sueño!

«Que sobre mí su maldición irradie
 La conciencia vulgar, la Ley del hombre,
 Perdí persona, posición y nombre,
 Y para bien del Bien ya no soy nadie.

«Nadie soy, en verdad, pues no me queda
 Ni un ápice de luz, ni un leve perno:
 La musa de lo cósmico y eterno
 Cerró sus alas... ¡encallé mi rueda!

«Se desató el ciclón. Dios me desgaja,
 Y el Criterio de Dios no se interrumpe...
 ¡Si el volcán de sus cóleras irrumpe,
 Arde su Creación como una paja!

«Yo mismo, sin piedad, no me perdono
 Este luchar frenético de Olimpia:
 Criminal es un bien que nada limpia,
 Castigo es una cruz que no es un trono.

«Sin ley, ni hogar, ni patria, ni destino,
 Como las hojarasca de la selva,
 Dejaré de sufrir cuando me vuelva
 Polvo bien pisoteado del camino!...

XIII

«Pero, no quiero yo, de ningún modo,
 Que me perdonen teólogos ateos...
 ¡A quien se absuelve, al absolver los reos,
 Es al sublime Artífice de Todo!

«Prefiero que los sabios, casi estetas,
 Que llaman al dolor «idiosincracias»,
 Pongan motes en griego a mis desgracias...
 Para cobrar más caro sus recetas.

«El Perdón es la mácula de cieno
Puesta sobre la clámide de un nombre...
¡Porque tengo amarguras, ya soy Hombre,
Y porque soy un hombre, ya soy bueno!

«Hablen los impecados, a porfía;
Desescamen la red de sus escamas...
¡Digam si saben, al dejar sus camas,
Cuál será su belleza de aquel día!

«Cuando el Hijo de Dios, el Inefable,
Perdonó desde el Gólgota, al perverso...
¡Puso, sobre la faz del Universo,
La más horrible injuria imaginable!

«Sepa por primer vez, el presidiario,
Y alce su frente mustia y lapidada:
El más vil... es una alma destinada
Como el propio Jesús, a su Calvario!

«Somos los Anunciados, los Previstos,
Si hay un Dios, si hay un Punto Omnisapiente;
Y antes de ser, ya son, en esa Mente,
Los Judas, los Pilatos y los Cristos!»

XIV

Dijo, y al ver que con cobarde espanto
Murmuraba la turba, gritó fiero:
«¿Dónde está el miserable que primero
Vino a regar mi pecho con su llanto?

«¿Dónde está, dónde rasca los residuos
De su mordiente lepra inveterada...?
¡Para lanzar a él, toda esta nada,
Y untarle mis consuelos más asiduos!

«¿Dónde está, dónde gime, sin la sombra
De mi pecho de madre sin rencores?
¡Para tejerle un camarín de flores,
Y tenderme a sus pies como su alfombra!

«¿Dónde oculta sus pálpitos de lobo?
¿Dónde esgrime su trágica energía?...
¡Para ponerme yo como vigía,
Mientras urde su crimen y su robo!

«¿En qué frío pretorio, en qué portales
Tiembra bajo la toga de sus jueces?...
¡Para decir, para gritar mil veces:
El Juez y el Criminal son anormales!

«¿Qué rincón de hospital le da su asilo?
¿Quién estudia su mal como en un perro?...
¡Para ponerme yo bajo del hierro,
Que desgarra esas carnes con su filo!

«¿Dónde está su cadáver sin mortaja,
Caliente, todavía, y ya deshecho?...
!Para rajar el roble de mi pecho,
Y labrarle los muros de su caja!

«¿Dónde están sus despojos sin hermanos,
Sin nadie que a gemir se les arrime?...
¡Para poner mi corazón sublime,
Como una flor de púrpura en sus manos!

XV

«¿Quién proclama el imperio de lo Injusto?
¿Quién afirma que a Dios todo le cuadre?...
¡Si Dios no puede herir, sin ser mal padre,
Ni siquiera la rama de un arbusto!

«¿Por qué concebirán todas las mentes
Apóstrofes al Crimen, fulminarios?
¡Si los propios chacales sanguinarios,
Como un blanco vellón, son inocentes!

«¿Qué moral puede ser esa siniestra
Que mata todo impulso en la criatura?...
¡Si la sola razón que no es locura,
Es hacer Razón misma, de la nuestra!

«¿Quién habla de Deberes, de Derechos,
De arrojar a los malos a una pira?...
¡Si ellos viven sus vidas, sin mentira!
¡Si no pueden dejar sus propios pechos!

«¿Qué sable justiciero es esa daga
Que sólo hiere frentes sin diadema?...
¿Por qué no abisma el sol, cuando nos quema?
¿Por qué no seca el mar, cuando nos traga?

«¿Por qué le ha de dejar el Universo
Vasto campo a la luz para que vibre,
Y el corazón de Adán no ha de ser libre,
Y el alma ha de rimarse como un verso?

«¿Qué Ciencia miserable es esa ciencia
Que nada sabe más que el primer día?...
¿Qué remedia con ver una insanía
Donde antes vió pasión y no demencia?

«¿Por qué no es el amparo y el abrigo
Del insólito y túrpido y obscuro?
¿Por qué no se levanta como un muro,
Entre cada infeliz y su castigo?

«¿Por qué no dice, cuando el viento brama,
Que hay una aberración en el ambiente,

Y dice que hay un loco delincuente
Cuando la sangre ajena se derrama?

«¿Qué hace de su saber, que yo no envidio,
De sus ansias de honor, que no son pocas,
Que no empieza a curar las almas locas
Y hunde para in eternum el Presidio?...»

XVI

Todos le contemplaban descubiertos,
Cual si les atrajese algún abismo,
Y él, entonces, se alzó sobre sí mismo,
Y exclamó con los brazos bien abiertos:

«Ven a mí, recua inmensa, hija del llanto,
Escala del feliz, Luzbel hediondo...
¡Tengo todo el secreto de tu fondo,
Por la misma razón de que soy santo!

«Ven a mí, rey enfermo, vil canalla,
Quiero que con tus lágrimas me mandes:
Yo soy como aquel grande entre los grandes
Que no dobló su frente en la batalla.

«Sombra y luz, piedra y alma, seso insano
Y ángel lleno de dudas y malicia:
Yo no sé de Razón ni de Justicia...
¡Sólo quiero saber que soy tu hermano!

«Chusma ruin, que tus dedos como sondas
Urguen en las heridas de mi brega,
Y palparás al menos, si eres ciega,
Que las hechas por ti, son las más hondas.

«En tu árido desierto, soy la palma,
Que fue sombra, fue templo y fue cenáculo;

Ven a mí, que devore tu tentáculo
Los ubérrimos dátiles de mi alma.

«Mi concepto del triunfo no consiste,
Ni en lucir, ni en mandar, ni en tener suerte:
Yo soy el triunfador y soy el fuerte,
Porque no me acobardo de lo triste.

«Ven a mí, monstruo amigo, no estoy muerto,
Como no muere nunca una gran lira:
Que otros vivan la ley, que es la mentira,
Yo vivo los impulsos, que es lo cierto.

«Aquí estoy, si me manchan tus minucias,
Tus terribles minucias, más me place:
El obrero mejor, el que más hace,
Tiene las manos, más que todos, sucias.

«Y odie el feliz, que es bestia, esta mi fiebre;
Y me ultraje y repudie, y dé de coces...
¡Yo amo la libertad, como los dioses,
Y el feliz, como el asno, su pesebre!

«No me causa pavor, ni me difama,
Envolver con mi llanto tu persona:
No soy el Cristo-dios, que te perdona...
¡Soy un Cristo mejor, soy el que te ama!

«Quiero que el salivazo inexorable
Que cae sobre tu testa, desde arriba,
Mi soberana testa lo reciba,
Primero que la tuya irresponsable.

«Pise sobre mi cuerpo, no perdone,
Toda la Sociedad, pise y apriete:
No habrá de conseguir que la respete,
Ni logrará jamás que te abandone.

«Aquí estoy, que tu enorme espumarajo,
Cual una enorme injuria, se derrame...
¡Enorme cruz, enormemente infame,
Quiero flotar en ti, como un andrajo!

«Bajé al abismo, con el alma llena
De una perpetua luz que no se agota:
Soy miseria, soy ruina, soy derrota...
¡Pero, por ley fatal, soy azucena!

«Me quebré, me rompí, como una clara,
Bruñida copa de cristal sozante;
Pero, me queda inspiración bastante,
Para incendiar el Sol, si se apagara.

«No hay Jordán que me lave de los rastros
De tu cáustico roce de vestiglo:
Pero, yo rodaré, de siglo en siglo,
Proyectándote luz, como los astros.

«¡Pulpa sin gratitud, no sabrás nunca
Que yo luché con Dios, que te moldea!...
Y se quedó de pié, como una idea
Que se va del cerebro y queda trunca.

CLÁSICOS Y MODERNOS

PROSAS de Juan Maragall, Leopoldo
Alas, José Enrique Rodó, Enrique
José Varona y Herodoto.

VERSOS de José Martí y Almafuerte.



IMPRESA ALSINA
SAN JOSE, COSTA RICA. C. A.

CLASIFICACIÓN Y MARQUEADO

PROFESOR DE ECONOMÍA POLÍTICA
ALBA LÓPEZ DE HARO
JOSE V. GARCÍA
VICIOSO

COLECCIÓN ARIEL

Enero a Agosto de 1914

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INDICE

JUAN MARAGALL

Elogio de la palabra, Un cura, La bondad redentora, Las tres preguntas, Vida nueva, La ciudad, La montaña, Del primer vuelo, Los vivos y los muertos.

Apreciaciones de Enrique Diez-Canedo y G. Martínez Sierra.

Un grabado.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Boroña, ¡Adiós, Cordera!, El gallo de Sócrates, El dúo de la tos.

Apreciación de Adolfo Posada.

JOSE MARTI

Ismaelillo (completo).—Versos sencillos: (Piezas 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 31, 32, 34, 35, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, y 46).—Versos libres: *A mi alma, al buen Pedro, Hierro, Canto de Otoño, Copa ciclópea, Pomona, Media noche, Homagno, Yugo y estrella, Aguila blanca, Amor de ciudad grande, Mujeres (III), Crin hirsuta, A los espacios, Pórtico, Poeta, Arbol de mi alma, Noche de mayo, Luz de luna y Flor de hielo.* Otros versos: *A mis hermanos muertos el 27 de noviembre, María, Carmen, Los zapaticos de rosa, Dos milagros, Los dos príncipes.*

Apreciaciones de Rubén Darío y R. Brenes Mesén.

Un grabado.

JOSE ENRIQUE RODO

Decir las cosas bien..., *Mi retablo de Navidad*, *El Cristo a la jineta*, *Obra de hermanos*, *El fanático y el escéptico*, *Mirando al mar*, *En el album de un poeta*, *La gesta de la forma*, *Los que callan*.

Apreciaciones de Rubén Darío y de *La Revista de América*.

Un grabado.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Días después, *Lo que piensa el Obelisco*, *Educación popular*, *Enero*, *El arte de la vida*, *A Artemis Agrotera*, *Los ciegos gobernadores*, *A Plutarco*.

Apreciación de Max Enríquez Ureña.

Un grabado.

HERODOTO

Candaules, rey de Lidia, *La aventura de Arion*, *Coloquio entre Solón y Creso*, *Muerte de Atis*, *Creso en poder de Ciro*, *Infancia de Ciro*, *Una inscripción engañosa*, *El rey Amasis*, *El anillo de Policrates*.

Apreciaciones del P. Bartolomé Pou y de Hipólito Taine.

PEDRO B. PALACIOS (ALMAFUERTE)

El Misionero.

Apreciación de José de San Martín.